

El pensamiento económico latinoamericano

Gerardo de la Fuente Lora*

El propósito de este ensayo es, por contraposición a una postura simplemente epistemológica, tratar de aprehender, de reconstruir en toda su riqueza, la seducción social ejercida por algunos productos del pensamiento y la práctica económicos en América Latina. De hecho, este propósito constituye la hipótesis de entrada, a saber: que todo intento de comprender la significación social de productos discursivos tales como los de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), el dependantismo o el neoliberalismo en Latinoamérica, requiere necesariamente de ir más allá de la reconstrucción epistemológica o formalizante de teorías, para plantearse como objeto el descubrir las resonancias, las metáforas, los juegos literarios e imaginarios que convocan tales discursos.

The purpose of this essay, rather than using a purely epistemological approach, is to attempt to capture and reconstruct, with all its nuances, the seductive social force of certain products of economic thought and practice in Latin America. In fact, this proposal constitutes the initial hypothesis, i. e. that any attempt to understand the social significance of discursive products such as those of CEPAL, dependency or neo-liberalism in Latin America, necessarily requires going beyond the epistemological or formalizing reconstruction of theories to propose as an object of study the discovery of the resonances, metaphors and literary and imaginary games that make up this type of discourse.

À l'inverse d'un simple abord épistémologique, le propos de cet essai vise à appréhender, à reconstruire, dans toute sa richesse, la séduction sociale exercée par certains aspects de la pensée et de la pratique économiques en Amérique Latine. De fait, un tel propos permet de formuler l'hypothèse initiale, à savoir: que toute tentative de compréhension de la signification sociale des conceptions en vigueur à la CEPAL (Commission Économique pour l'Amérique Latine), ou concernant les situations de dépendance, ou bien encore le néolibéralisme, implique nécessairement de dépasser la reconstruction épistémologique ou formalisante des théories, afin de se fixer pour but la découverte des résonances, des métaphores, des jeux littéraires et imaginaires, auxquels font appel ces discours.

* Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (CIH), UNAM.

La reconstrucción o crítica de teorías, el examen lógico o epistemológico de la construcción, entrelazamiento, transformación y, en general, de la dinámica de las articulaciones conceptuales y mecanismos de verificación (o falsación) que agrupamos corrientemente bajo el rubro de "la ciencia", no obstante la agudeza que en algunos casos ha alcanzado (dejando de lado por el momento los problemas inherentes a la cuestión de si tales reconstrucciones epistemológicas pueden proponerse la creación de un pensamiento metodológico "general" o bien sólo puede haber caracterizaciones epistemológicas inmanentes a cada teoría en particular) padecen por lo general de un fallo que empobrece notablemente los intentos reconstructivos por contraposición a sus objetos. Dicha carencia puede resumirse en los siguientes términos: la reconstrucción y crítica epistemológica olvida que las teorías, conceptos o producciones científicas en general se materializan en forma de escrituras. De hecho las ciencias, lo mismo que la literatura o los discursos políticos, se ejercen efectivamente como series de palabras o de significantes agrupados en libros, revistas, encadenamientos finitos de marcas con sentido.

El ejemplo más claro de la reconstrucción epistemológica usual, más o menos formalizante, se encuentra sin duda en los intentos de reconstruir los mecanismos de la historiografía. Ahí las discusiones sobre la objetividad, sobre la comprensión, sobre la traducibilidad de las experiencias entre el investigador y su objeto, el debate sobre la existencia o no de "leyes" históricas, o bien sobre la aplicación posible de técnicas cuantitativas, dejan de lado el hecho evidente de que el trabajo historiográfico es también un quehacer discursivo productor de relatos, justamente, de historias, que están dirigidas a ser creíbles por el lector, que intentan ser verosímiles. El carácter literario de la historia, aunque pueda a veces ser reconocido, se presenta sin embargo como un dato, como un componente del contexto que no merece mayor atención, epistemológica al menos. Y esta situación evidente en el caso de la reconstrucción historiográfica, podría descubrirse también al analizar las reflexiones en torno a disciplinas como la física o las matemáticas.

Pues también en esos casos, las teorías se ejercen, se concretan, son series de marcas con sentido plasmadas en papeles o en algún otro medio con existencia material concreta. En ningún caso las teorías consisten en formaciones mentales puras que solamente después se expresarían o serían representadas por palabras. A

menos que aceptáramos una tesis discutible de suyo: que el lenguaje fuera sólo la herramienta, el instrumento para la representación de un pensamiento siempre anterior.

No se trata, sin embargo, de entrar aquí en una discusión minuciosa y puntual sobre las razones que han llevado a las reflexiones epistemológicas a tener el carácter que ahora por lo general tienen; mucho menos se pretende debatir sobre la validez o legitimidad de tales formas de proceder reflexivo; y desde luego está fuera de nuestra intención emitir proclamas acerca de lo que debería ser la "verdadera" epistemología (o la mejor, la válida, la menos mala). El propósito de estas líneas introductorias es simplemente poner de manifiesto que los modelos que usualmente nos propone el pensamiento reconstructor dejan de lado una buena parte de la riqueza que las teorías aportan a nuestra cultura, una parte considerable de contribuciones a nuestro lenguaje, a nuestra sensibilidad, en la forma de metáforas sorprendentes, de resonancias diversas de discursos múltiples del pasado y del presente que se encuentran indisolublemente tejidas a las teorías y que, sin duda, coadyuvan eficazmente a la seducción que ejercen o han ejercido.

Ahora bien, si en el caso de la reconstrucción de teorías científicas la epistemología aparece como un dispositivo empobrecedor en tanto elimina las resonancias, las conexiones profundas que las palabras acarrearán de suyo, por el sólo hecho de ser componentes de un lenguaje, un proceder reconstructivo dirigido a otras áreas de las prácticas sociales que se orientara por los mismos senderos formalizantes, asepticos, abstractos, tendría consecuencias empobrecedoras aún más evidentes. Pues si la seducción de las teorías científicas, su capacidad para incorporarse como elementos significativos de nuestro acervo cultural, de la riqueza de nuestro mundo, está relacionada con el hecho de ser escrituras, marcas en papel, ello es aún más claro en relación a otros discursos que permean nuestra vida social, particularmente en el caso de esa área gemela de la teoría económica que es la práctica de la política económica. Porque bien podemos establecer modelos acerca de las explicaciones teóricas en economía, desmenuzar las reglas de construcción conceptual en relación al modelo neoclásico o al paradigma marxista, pero con ello estaremos aún muy lejos de aprehender la seducción ejercida por esos discursos, y aún lo estaremos más si con los mismos propósitos formalizantes abordamos ya no los discursos teóricos como tales, sino las palabras y las prácticas en las que tales teorías se han ejercido como políticas económi-

cas (asumiendo por el momento que tal división entre teorías y políticas no fuera problemática).

El propósito de este ensayo es, por contraposición a una postura simplemente epistemológica, tratar de aprehender, de reconstruir en toda su riqueza, la seducción social ejercida por algunos productos del pensamiento y la práctica económicos en América Latina. De hecho, este propósito constituye nuestra hipótesis de entrada, a saber: que todo intento de comprender la significación social de productos discursivos tales como los de la CEPAL, el dependentismo o el neoliberalismo en Latinoamérica, requiere necesariamente de ir más allá de la reconstrucción epistemológica o formalizante de teorías, para plantearse como objeto el descubrir las resonancias, las metáforas, los juegos literarios e imaginarios que convocan tales discursos. Pensar el pensamiento latinoamericano hoy, no sólo económico, requiere de interpretaciones abiertas, traducciones libres, ejecuciones jazzeadas, que atiendan a un hecho fundamental de las experiencias de nuestro subcontinente, a saber: que con frecuencia el pensamiento seduce, mueve pasiones, atrae gobiernos y pueblos, impone ritmos, llena de resonancias múltiples la cultura.

De una u otra forma, pensar la economía latinoamericana es, sin duda, pensar en la seducción.

Desde sus inicios, la CEPAL se concibió a sí misma como un agente innovador del pensamiento y la práctica latinoamericanos, incluso como el germin, ahora sí, de una reflexión plenamente original y peculiar de nuestra región. Y sin duda, buena parte de la influencia que sus proposiciones llegaron a tener en muchos gobiernos durante algunos años, estuvo relacionada con el sentimiento ampliamente compartido de tal carácter innovador. Todavía en sus últimas intervenciones públicas, llegado el momento de hacer los balances y en medio de una crisis no sólo económica generalizada, Raúl Prebisch enfatizaba este aspecto creativo y original como una de las aportaciones más importantes del organismo internacional que estuvo bajo su conducción durante décadas.¹ ¿Qué

¹ Cfr. Prebisch, Raúl. "Centro y periferia en el origen y la maduración de la crisis", en Varios Autores, *La crisis internacional y la América Latina*, México, FCE, Lecturas del Trimestre Económico, núm. 55, 1984. El mismo énfasis en el carácter innovador de la CEPAL recorre el texto de Celso Furtado, *La Fantasía Organizada*, Colombia, Eudeba-Tercer Mundo Editores, 1989.

era, sin embargo, lo nuevo que aportaba a la seducción del pensamiento cepalino? No por cierto, o no como tal, el conjunto de recomendaciones de política económica que se resumen en el rubro de la Sustitución de Importaciones, puesto que el mismo Celso Furtado reconoce en varias ocasiones que tal política económica había sido aplicada ya en Brasil y otros países a raíz de la depresión de los años treinta. Establecer aranceles, otorgar subsidios o dar protección de diversas formas a los sectores industriales, eran expedientes ya ejercidos en la práctica por muchos gobiernos latinoamericanos. Lo nuevo no eran las medidas tomadas o recomendadas, sino la racionalización de las mismas: su articulación sistemática, las justificaciones y resonancias múltiples.

Lo que ofrecía la CEPAL era algo más que una posible política económica, algo que estaba sin duda relacionado con ese halo excedentario más allá de la economía, que también había sido ofrecido por otro discurso seductor de la época: el keynesianismo.² Celso Furtado deja entrever algo de esta resonancia común a ambas elaboraciones cuando recapitulando la experiencia cepalina hace referencia a Keynes y señala que:

Gracias al análisis keynesiano fue posible construir una teoría de la política económica apoyada en modelos que expresaban una concepción de las economías nacionales como sistemas dotados de estructuras formales.³

Aportaciones extraordinarias éstas: una economía con estructura y, a partir de ella y por ella, una teoría de la política económica; es decir, no sólo una construcción de variables económicas, sino una acción que suponía una correspondencia con algo real: la estructura de la economía por fin descubierta.

² La conexión entre las elaboraciones de la CEPAL y el keynesianismo ha sido subrayada, entre muchos otros, por Gabriel Palma, quien incluso hace de dicha vinculación uno de los elementos que darían cuenta de la originalidad de los planteamientos cepalinos. Señala Palma: "En sus inicios la CEPAL intentó reformular la teoría convencional del desarrollo económico y del comercio internacional, de la misma forma como los keynesianos intentaban hacerlo con el cuerpo principal de la teoría económica convencional. (...) El hecho de que los análisis de la CEPAL hayan obtenido su inspiración básica en el keynesianismo, de ninguna manera reduce su originalidad. Ésta consiste en complementar la tradición keynesiana aplicando la esencia de ese análisis a la teoría del desarrollo económico y de comercio internacional que éste había descuidado". Palma, Gabriel. "Dependencia y desarrollo: una visión crítica", en Seers, Dudley (compilador), *La Teoría de la Dependencia. Una reevaluación crítica*, México, FCE, 1987, pp. 59-60.

³ Furtado, Celso. "Trasnacionalización y monetarismo", en Varios Autores, *La crisis internacional y la América Latina*, México, FCE, Lecturas del Trimestre Económico, núm. 55, 1984, p. 118.

Leer al keynesianismo a partir del enunciado “la economía tiene estructura”, resulta sin duda posible y atrayente; es necesario, sin embargo, profundizar en las implicaciones y resonancias de tal enunciado. Porque si la novedad de Keynes y de la CEPAL, por contraposición a teorías económicas anteriores radica en el descubrimiento de dicha estructura, es obvio que entonces el modelo neoclásico, interlocutor convocado explícitamente por Furtado, carecería simplemente de la idea de lo económico como sistema estructurado. ¿En qué sentido puede ser esto posible cuando sabemos que de la escuela neoclásica y sus derivaciones han surgido modelos formales de gran complejidad que, por su misma formulación, parecerían hacer referencia a una “estructura” (un orden, una organización de cualquier tipo) en la economía?

Puede caracterizarse a la economía neoclásica como un componente de la corriente de pensamiento que, no sólo en el terreno económico, pretende producir explicaciones del tipo “orden a partir del caos”.⁴ Sin duda, el modelo clásico de esta forma de argumentación, no sólo por su contenido teórico sino por su exposición metafórica (aspectos por otra parte indisolubles), es la famosa “mano invisible” de Adam Smith. Los individuos, persiguiendo cada uno su propio interés, producen un orden armónico sin habérselo propuesto como fin. Una serie de partículas realizando interacciones infinitamente numerosas dan lugar a un efecto de orden. En sentido estricto, la postura cepalina no negaba que la teoría económica hubiese concebido alguna forma de organización u orden, más bien, partiendo de dicho resultado postulaba por su parte un orden de segundo nivel. La conexión nunca negada entre las elaboraciones de Prebisch y sus colaboradores y la teoría económica neoclásica (lo mismo que la compleja relación entre Keynes y sus antecesores) tiene que ver con el hecho de que la atención se apunta sobre el efecto de orden, se trabaja a partir de él, mientras que se acepta a ese efecto como producto precisamente de las interacciones de las partículas, tal y como lo proponía la escuela neoclásica.

Ahora bien: ¿qué problemas están presentes ya en el primer nivel de orden, es decir, en el efecto postulado por la teoría neoclásica antes de que Keynes y Prebisch construyan a partir de ello un segundo nivel, un “sistema económico estructurado”?

⁴ Para una reflexión sobre este tipo de explicaciones en los campos de la física, la biología y la filosofía, véase Prigogine, Ilya e Isabelle Stengers. *Order out of Chaos*, Estados Unidos, Bantam Books, 1984.

Resulta imposible hacer aquí un seguimiento detallado de la significación e inserción de la teoría económica en el desenvolvimiento de la cultura occidental en los últimos dos siglos. Digamos solamente que los problemas planteados por las explicaciones de tipo “mano invisible” en economía están vinculados a un amplio campo problemático característico del pensamiento moderno y que puede resumirse en la pregunta: “¿cómo se pasa del individuo a la comunidad?” Diferentes versiones de esta pregunta dieron lugar al desarrollo de áreas del pensamiento filosófico y posteriormente de las ciencias sociales. Así, por ejemplo, la pregunta “¿cómo se pasa del pensamiento individual a la verdad común?” organizó las elaboraciones de la teoría del conocimiento; la interrogante “¿cómo se pasa del versar al con-versar?” originó el campo de la ética junto con la pregunta “¿cómo se pasa del hacer al interactuar?” Este tipo de cuestiones y sus múltiples respuestas marcan toda una época de la filosofía y el pensamiento occidentales en general. Dentro de ese campo problemático la respuesta de Adam Smith y su prolongación en la teoría económica constituyen sin duda las soluciones más exitosas, o al menos más seductoras.

La formulación original de Adam Smith es compleja: desde la presentación de la metáfora —una mano invisible que, por el mero hecho de enunciarse, podemos sin embargo ver; la neblina que oscurece el cuerpo al que pertenecen esos cinco dedos, cuerpo que intuimos pero que no podemos asegurar que en realidad exista, etc.—, hasta el hecho de que el orden a partir del caos que se postula deja en la indeterminación y realiza un corte entre el área de acción de la mano, es decir, lo económico y todo lo demás que hay en la sociedad. Por eso, asumir en serio la tarea de aprehender la seducción de la metáfora smithiana requeriría de un examen pormenorizado de una serie casi infinita de resonancias puestas en juego por el pensador inglés (por ejemplo, escuchar los ecos del tema del trabajo que se encuentran detrás del hecho de que el agente organizador sea precisamente una mano).

Sin entrar ahora a realizar ese examen, sí es urgente abordar la crítica de la teoría económica contemporánea, es posible destacar un campo problemático planteado por la respuesta smithiana y posteriormente neoclásica, campo problemático identificado por Marx en *El Capital* y que se refiere al tiempo.

En efecto, el análisis marxiano del esquema de la circulación simple de mercancías M-D-M, el salto y la posibilidad de fraca-

esos siempre presente en lo que Marx llamó "la metamorfosis de la mercancía" (el paso de una parte del circuito a la otra), podrían leerse como una crítica general a los esquemas que pretenden dar cuenta del paso de una producción individual al consumo común, es decir, como una crítica general del mercado económico (crítica que podría generalizarse a toda esfera de intercambio que suponga la creación de productos, significaciones lingüísticas, etc., realizada por sujetos aislados que sólo en un segundo momento entran en interacción). La reflexión de Marx no indica únicamente que el mercado se encuentra siempre a punto de fracasar en su intento por vincular al individuo con la comunidad, que está atravesado por un vacío que en última instancia sólo la suerte del productor puede llenar; indica también que el mercado, aun cuando funcionase sin tropiezos, supone un proceso de abstracción del tiempo social: el tiempo de trabajo de los productores, tiempo natural, vivido, se transforma en un "tiempo de trabajo *socialmente* necesario" que, a diferencia de las horas de vida de los individuos, horas que se van, puede ganarse o perderse, acumularse, distribuirse, en última instancia explotarse. Porque a fin de cuentas la explotación de los trabajadores no consiste en que vivan mal o que la actividad que desarrollen sea extenuante ni nada por el estilo, consiste en que se les quita algo de tipo abstracto, de *plus-valor*, ni siquiera de tiempo natural, ese que constituye el transcurso del desenvolvimiento biológico. Lo que encuentra Marx es que con el mercado empezamos a entablar un conflicto por abstracciones, por un tiempo abstracto que no es, o no corresponde necesariamente, al tiempo "natural" de mi vida.

En la respuesta original de Adam Smith este problema del tiempo quedaba abierto: las acciones individuales producirían el orden, la velocidad de ajuste entre el actuar del individuo y el efecto social quedaba alojada en un "¿cuándo?" indeterminado, en todo caso complejo, mediado por acciones productivas y de consumo que requerían todas ellas de tiempo. En la solución neoclásica este problema del ajuste temporal entre el actuar individual y el efecto de orden social se elimina a partir de una simple suma algebraica: la suma de las curvas de preferencias individuales produce sin mediación temporal alguna las curvas de oferta y demanda; de hecho, las acciones individuales y las acciones sociales son estrictamente idénticas. El costo de la solución neoclásica a la pregunta "¿cómo se pasa del individuo a la comunidad?" consiste simplemente en la eliminación del tiempo, nada más y nada menos.

Raúl Prebisch y la CEPAL afirmaron que sus propuestas se insertaban en la línea de reflexión que buscaba "dinamizar" los modelos de la economía ortodoxa, precisamente reintroducir el tiempo, "pensar el desarrollo" como ellos habrían dicho. Pero este propósito era paradójico pues no implicaba de suyo una crítica a la eliminación inicial del tiempo que hacía necesaria la dinamización. Este problema estaba presente también en la postura de Keynes, y no es casual que Prebisch en sus lecciones sobre la *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero* diga simplemente que para pasar del individuo a la comunidad bastaba realizar una adición matemática. Después de explicar el concepto de "ingreso" en relación a un empresario individual, concluye Prebisch:

Es fácil pasar ahora del empresario aislado al conjunto de los empresarios de la comunidad, mediante la suma de los conceptos respectivos. Supongamos, para simplificar, que las mismas cifras representen las cantidades globales.⁵

Si la novedad del pensamiento cepalino radica en la concepción de una "economía con estructura", un orden de segundo nivel que funda la posibilidad de una teoría de la política económica, el carácter o la firmeza de dicha estructura resultan altamente problemáticos. La estructura postulada acepta y se monta sobre un orden sin tiempo. Si en Keynes, cuyas aportaciones principales se refieren todas al vínculo entre presente y futuro (la propensión a consumir, la preferencia por la liquidez, el multiplicador), queda por discutir qué tanto la dinamización de la economía neoclásica sacude efectivamente el punto de partida atemporal; en el caso de la CEPAL la estructura que funda la posibilidad de la política económica es concebida, sin ambages, como sobrepuesta y provisional, casual, agregada a un orden que en última instancia podría pasarla muy bien sin ella, sin tiempo. En principio, señala Prebisch, podría concebirse que los países latinoamericanos se desarrollaran sin la política de sustitución de las importaciones preconizada por la CEPAL, es decir, que para hacer frente a las fluctuaciones cíclicas, a la desocupación y a la baja en la "capacidad de importar", recurrieran a los expedientes recomendados por la economía ortodoxa:

Podría concebirse en abstracto la posibilidad de que el nivel de salarios se reduzca en los países menos desarrollados hasta compensar esas diferencias

⁵ Prebisch, Raúl. *Introducción a Keynes*, México, FCE, 1965, p. 28.

de productividad (con los países centrales). En tal supuesto, un país podría prescindir totalmente de sus derechos aduaneros protectores siempre que la baja de salarios permita resarcirse de las pérdidas que ello traiga consigo a las empresas industriales.⁶

Las disparidades “estructurales” —como las califica la CEPAL— entre centro y periferia resultan así exógenas o al menos yuxtapuestas a un primer nivel de orden totalmente homogéneo y atemporal. En cierto sentido, el propósito mismo del desarrollo, es decir, de la eliminación de las “disparidades estructurales” entre unos países y otros, indica la provisionalidad de las estructuras objeto y fundamento del pensamiento cepalino.

¿Qué tan provisionales y qué tan permanentes son pues estas estructuras de lo económico?, o mejor aún ¿cuál es su estatuto ontológico?, ¿qué tanto restituyen el tiempo, dinamizan el orden de primer nivel sobre el que se asientan? Buena parte de las discusiones en el seno mismo de la CEPAL y en las teorías dependientistas posteriores giran en torno a la problemática abierta por estas preguntas. Por ejemplo, si dado el punto de partida atemporal la historia de los países “atrasados” aparece como un accidente exógeno que les afectó como una fatalidad, o más bien, como una casualidad fatal (fue un accidente que se incorporaran tardíamente a la “industrialización”), el debate posterior girará en torno al peso que habrá que dar a la historia como explicación abiertamente exógena al sistema económico como tal, o como componente intrínseco al mismo.

Ahora bien, si estas estructuras asentadas sobre un orden anterior —aunque no “estructurado”— y atemporal en sí mismo fundan la posibilidad de una teoría de la política económica, ¿cabe la posibilidad de que una vez superadas las “disparidades estructurales” —gracias quizás a las recomendaciones de la CEPAL— desaparezca también con ellas ya no esta o aquella política, sino la política económica como tal? De ser así no cabría asombrarse de que a la hegemonía del pensamiento intervencionista cepalino siguiese la del pensamiento abstencionista del monetarismo. Para examinar esta cuestión es necesario detenerse, sin embargo, en un sentido particular del término “estructura” tal y como lo utiliza la CEPAL y que tiene que ver con la cuantificación de lo económico.

⁶ Prebisch, Raúl. “En torno a las ideas de la CEPAL. Problemas de la industrialización en la América Latina”, en Varios Autores, *Intercambio y desarrollo*, México, FCE, Lecturas del Trimestre Económico, núm. 38, 1981, p. 145.

Retomemos el texto de Furtado que citamos más arriba, en el que se evaluaba la teoría keynesiana por su propuesta de concebir a la economía como un espacio estructurado. En sentido estricto, el autor caracteriza como estructurados a los espacios económicos nacionales y califica a sus estructuras como *formales*. La consideración de estos dos aspectos, lo formal y lo nacional, no invalidará las dificultades que hemos examinado hasta aquí acerca del orden de segundo nivel propuesto por el discurso cepalino, sino que agregará complejidad a los problemas.

A renglón seguido del texto citado, Celso Furtado presenta las estructuras formales del espacio económico nacional en los siguientes términos:

La construcción de estos modelos (los que expresan la concepción de las economías nacionales como sistemas dotados de estructuras formales) se basa en una tipología de los actos económicos: el consumo, el ahorro, la inversión, la exportación, la importación, el pago de impuestos, etc. Se admite que el comportamiento de los agentes que practican esos actos puede ser influido globalmente por centros de decisión que controlan los circuitos monetario, financiero, cambiario, fiscal, etc.⁷

El carácter yuxtapuesto de las estructuras por sobre el orden inestructurado del modelo neoclásico no se modifica mayormente si consideramos que esas estructuras son a un tiempo formales y nacionales. Lo mismo que cuando el discurso cepalino se refiere a las “disparidades estructurales” entre centro y periferia —disparidades históricas, exógenas con respecto a lo económico de primer nivel—, así las estructuras formales y nacionales adquieren un tono de arbitrariedad, de provisionalidad. Ello se subraya en el texto que acabamos de citar por el hecho de que en el mismo se introducen dos conceptos de la acción económica a dos niveles diferentes y con sendos y diversos sujetos: por un lado los tipos de acción que pueden ser ejercidos por individuos y quizá por países o estados; y por otro, una acción —“influir globalmente”— de la que están privados los individuos que fueron sujetos activos en el primer nivel. Es significativo que el cambio de sujeto de un nivel a otro se presente aparejado por una recolocación de lo volitivo —y como veremos también de lo cognitivo— en el espacio económico. Si en el primer nivel, el de los actos económicos simples, es permi-

⁷ Furtado, Celso. “Trasnacionalización...”, *op. cit.*, p. 118.

tido a una infinidad de partículas tener iniciativa, voluntad, autoconciencia y conocimiento, todas esas características se reservan ahora, en el segundo nivel, para un nuevo sujeto.

En este desdoblamiento la acción adquiere un sesgo de eventualidad: es aquí donde la voluntad conciente puede “influir globalmente”, donde la acción transformadora puede tener lugar, pero se trata sólo de un segundo nivel. Lo mismo que en el caso de las estructuras históricas, las formales y nacionales tienen un dejo de extrañeza en relación a un orden económico básico; y es este alejamiento el que permite que, en relación a ambos tipos de estructuras, el cambio, la dinámica, sean por fin posibles.

Antes de continuar con el examen de la relación problemática, de ajenidad, entre el espacio económico nacional y el espacio de lo económico en general, es necesario que nos detengamos en el carácter formal de las estructuras postuladas por Furtado. ¿Qué se quiere decir aquí con el término “formal”?

No parece que la noción se emplee en el sentido estricto de sistema deductivo construido a partir de la inferencia, por aplicación de reglas lógicas, de una serie de teoremas desde una serie de axiomas. Parece más bien que en el uso de la palabra por Furtado confluyen al menos tres resonancias: lo formal como lo conceptualmente bien articulado, sólido teóricamente; lo formal como lo matematizable o expresable en términos cuantitativos; y lo formal como lo organizador, como lo que en sentido estricto y aristotélico da forma a un contenido. Examinemos cada una de estas resonancias iniciando por la segunda: lo formal como lo cuantificable.

Si la novedad de Keynes y la CEPAL radicara en la propuesta de conceptos económicos susceptibles de cuantificación o matematización, nos encontraríamos con que tal aportación tendría ya tiempo de haber sido presentada por el modelo neoclásico. En efecto, para la construcción del concepto de mercado desde las nociones de costo y utilidad marginales, desde los presupuestos sobre los sujetos aceptados por los neoclásicos, la matematización es absolutamente necesaria. No se introduce simplemente por una tendencia ideológica que pretendería que la economía es más científica por ser más matemática; más allá de eso, la matematización se requiere en el modelo neoclásico para dar dominio de empiricidad a la teoría, para que tenga un espacio en el cual verificarse o falsearse, en resumen, para que tenga sentido. Pues si no fuera por la matematización, ¿cómo podría darse visos de verosimilitud a la com-

paración de elementos subjetivos que supone el modelo de mercado neoclásico?, ¿cómo decir que mis preferencias —particulares, propias, inaccesibles desde el afuera, sólo asequibles desde mi adentro— son similares a las tuyas y en conjunto constituyen “lo económico”?, ¿cómo, si no fuera por la matematización, decir algo con sentido cuando afirmamos que mi utilidad (mi gusto, placer, felicidad, o la noción subjetiva que fuere) es mayor que la tuya?

Que medir la noción subjetiva de “utilidad” sea un problema epistemológico y conceptual prácticamente irresoluble para la teoría económica, no implica que su necesidad sea menor. Independientemente de la forma en que se resuelva el problema, la teoría económica necesita asumir que ha podido medir lo subjetivo si es que todo el resto de su argumentación ha de llevarse a efecto.⁶

Que las estructuras del espacio económico nacional sean formales y que tal hecho constituya una aportación y una novedad de Keynes y la CEPAL sólo puede entenderse si agregamos a esta primera resonancia de lo formal como lo matematizable los otros ecos presentes en la formulación de Furtado. Para examinar el sentido de lo formal como lo bien construido conceptualmente, vale la pena reparar en las observaciones que ya desde los años veinte hizo el profesor Friedrich Hayek a las primeras formulaciones keynesianas.

Las elaboraciones de Friedrich Hayek tienen, todas ellas, un basamento epistemológico que podría resumirse en el enunciado de que los “hechos” colectivos tales como el Estado, el pueblo, etc., no tienen el mismo estatuto de realidad que las acciones o los estados individuales. Esto no quiere decir, por cierto, que la tarea de las ciencias sociales consista en explicar esos hechos individuales —tarea que sería más bien propia de la psicología—, sino que a partir de ellos, realizando tipologías y clasificaciones, es posible construir modelos lógicos que articulen globalmente estados y situaciones individuales.

Lo que hacemos es meramente clasificar tipos de conducta individual que podemos comprender, para desarrollar esa clasificación, en breve, para proveer

⁶ Para un examen más detallado de la necesidad de matematización en economía, *cf.* de la Fuente Lora, Gerardo. “El sujeto y el mercado”, en Varios Autores, *Crítica del sujeto*, México, UNAM, 1990.

un arreglo ordenado al material que tendremos que utilizar en nuestras siguientes tareas.⁹

Esta primera parte del trabajo de las ciencias sociales constituye una especie de lógica aplicada, una construcción más o menos formal que se propone articular los tipos de conducta a los que tenemos acceso por la simple reflexión sobre nuestra propia realidad como individuos. Las articulaciones entre estos tipos pueden dar lugar a esquemas de órdenes más abstractos y generales, tales como el mercado o el Estado, pero el punto crucial de la postura hayekiana es que estas construcciones abstractas son precisamente eso: construcciones lógicas que permiten dar sentido a una serie de "datos" individuales, pero que en sí mismas no son "hechos" y por lo tanto, no pueden ser verificables o falsables mediante simple contrastación empírica. Así, el mercado, uno de los productos más eminentes de la construcción de esquemas formales por parte de las ciencias sociales, no es algo que esté ahí en el mismo sentido en que los hombres están ahí, habitando el mundo; no es algo a lo que se pueda acceder por la vía de lo ostensible, es una abstracción (no por cierto una ilusión, puesto que una buena manera de caracterizar la obra de Hayek sería decir que uno de sus propósitos básicos es apuntar a la eficacia de las abstracciones).

Lo que resulta fundamental para nuestro intento de pensar la seducción del pensamiento económico latinoamericano, independientemente de las dificultades epistemológicas y filosóficas que la posición de Hayek conlleva, es que para este autor, a partir de la construcción lógica del mercado, no es posible derivar recomendaciones específicas de política económica en el sentido manejado por ejemplo por Furtado en la cita a que nos hemos referido ya varias veces: es decir, acciones de política basadas en la influencia global de algunos centros.

Suponer otra cosa, asumir por ejemplo que el Estado puede actuar como agente privilegiado en el espacio de lo económico realizando acciones similares y sin embargo más influyentes que las de los individuos, significa hipostasiar simples deducciones lógicas y, en última instancia, invertir las líneas de causalidad: pues las abstracciones se derivan de la acción de los individuos y no

⁹ Hayek, Friedrich. "The Facts of the Social Sciences", en Hayek, Friedrich, *Individualism and Economic Order*, Estados Unidos, The University of Chicago Press, 1948, p. 67.

a la inversa, como sería el caso si supusiéramos que el actuar de una de esas abstracciones influyera, dirigiera o determinara la conducta de los individuos.

El mismo punto desarrollado por Hayek en tonalidad lógica o metodológica adquiere más relevancia si se le examina desde el punto de vista de sus reflexiones en torno al conocimiento. Según él, si ha sido posible dar una preeminencia a las acciones planificadoras del Estado en la economía, a las acciones de política económica, es porque se ha supuesto que el Estado es poseedor, en mayor medida que los individuos, de un conocimiento que le permite tener en cuenta más variables; en última instancia, tener a la vista el estado de la economía global, en su totalidad. Afirmar que el Estado puede hacer política económica porque sabe, porque conoce lo que ocurre en el conjunto de la economía, es asumir de entrada que el conocimiento al que tiene acceso el Estado es de un tipo especial y superior al que pueden tener los individuos: es el conocimiento científico entendido desde una postura inductivista que otorga a las inferencias estadísticas una validez extraordinaria.

La cuestión, sin embargo, es que el conocimiento relevante para el funcionamiento económico de la sociedad no es un saber concentrado o concentrable por ninguna entidad, ya sea individual o abstracta-colectiva.

El peculiar carácter del problema de un orden económico racional está determinado precisamente por el hecho de que el conocimiento de las circunstancias de las que tenemos que hacer uso nunca existe de manera concentrada o integrada sino solamente como *bits* dispersos de conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio el cual poseen todos los individuos separados. El problema económico de la sociedad, así, no es meramente un problema de cómo asignar recursos "dados", si "dado" es tomado en referencia a una mente singular que deliberadamente resuelve el problema planteado por esos "datos". Se trata más bien del problema de cómo asegurar el mejor uso de recursos conocidos para cualquier miembro de la sociedad, para fines cuya relativa importancia sólo los individuos conocen. O, para decirlo brevemente, es un problema de utilización de conocimiento que no es dado a nadie en su totalidad.¹⁰

La crítica de Hayek es de largo alcance, su profundidad y sus resonancias son muchas; pues la afirmación de que el Estado puede

¹⁰ Hayek, Friedrich. "The use of Knowledge in Society", *Ibid.*, pp. 77-78.

hacer política económica porque sabe, toca presupuestos profundos de las elaboraciones de la filosofía política: así, seguramente el Leviatán no es sólo soberano por contrato y acuerdo de los súbditos: también lo es porque sabe más que ellos, porque al constituirse recibe una transferencia de derechos pero también una de saberes. Lo mismo podría decirse del Estado roussoniano o lockeano, o de otras muchas elaboraciones de los filósofos políticos antiguos y contemporáneos.

Hayek es radical en este punto: el conocimiento relevante para el funcionamiento de la economía no es totalizable por ninguna entidad; y no lo es porque se trata de un conocimiento disperso que sólo puede estar disperso: es el conocimiento de oportunidad, de los pequeños y miriádicos cambios que se producen en la situación de cada uno y cuyo acceso permite a cada quien aprovechar de la mejor manera su estancia cotidiana en este mundo. Por eso, afirma Hayek, cuando el planificador, el operador de la política económica se propone alcanzar ciertas metas cuantitativas precisas, no solamente actúa para privilegiar un tipo específico de conocimiento, sino que en última instancia actúa para evitar, para domesticar el cambio vertiginoso a que se enfrenta cada individuo en la sociedad, en cada uno de los infinitos cambios económicos que tienen lugar en cada segundo del día. Alcanzar una meta precisa de política económica significa eliminar de antemano esas pequeñas variaciones, desvalorizar el conocimiento de oportunidad de cada individuo para otorgar un valor preeminente al conocimiento estadístico a que puede tener acceso el Estado (anotemos de paso que una de las diferencias más importantes entre las políticas económicas promovidas en su momento por el pensamiento desarrollista y las que impulsan actualmente las orientaciones neoliberales, radica en que las primeras se proponían alcanzar metas específicas, cuantitativas, mientras que las actuales únicamente buscan crear un entorno general, es decir, manipular expectativas y no alcanzar cantidades fijas).

Un último aspecto relevante de la postura de Hayek radica en el hecho de que, según él, la planificación exitosa no es posible, pues para lograrla sería necesario suponer que el Estado o cualquier otro agente económico accediera al conocimiento completo, es decir, a la aprehensión de las más diminutas modificaciones de los contextos y situaciones a las que se enfrentan los individuos. Esta totalización no puede darse en razón de la infinidad de intercambios económicos e interconexiones entre ellos que tienen lugar

en la sociedad a cada instante (y esta perspectiva también ofrece un punto de crítica para las posiciones que auguran un control total a través de la sociedad informatizada).

Volvamos ahora a la postura de la CEPAL, postulación de un orden económico de segundo nivel frente al orden desestructurado, aceptado acríticamente, propuesto por los neoclásicos; estructuras formales y nacionales que posibilitan la prosecución deliberada del desarrollo y la intervención planificadora del Estado en la sociedad. Pero las estructuras son no sólo de segundo nivel sino provisionales (en una situación ideal podría volverse al ámbito ordenado pero desestructurado del sistema mercantil puro), y su formalidad supone el privilegio de un cierto tipo de conocimiento (accesible por antonomasia para el Estado), matematizado, estadístico, que en última instancia, para ser eficaz, requeriría ser formal en sentido aristotélico: organizador férreo de una materia informe; e implicaría, por su estatuto teórico-científico superior, la desvalorización de los conocimientos de los individuos realmente vivientes y actuantes en el seno de la sociedad. Los tres tipos de resonancias del carácter formal de las estructuras cepalinas se conjuntan en estos elementos que, si aceptamos en principio las posturas de Hayek, deberían darnos cuenta de algunos hechos, a saber, la productividad al autoritarismo, o si se quiere, la no discriminación de los representantes de la CEPAL respecto al carácter de los regímenes a cuyo servicio pusieron en muchos casos sus conocimientos y, desde luego, el fracaso del modelo de sustitución de importaciones. Y también el economicismo que impregnó al discurso político latinoamericano a partir de la experiencia cepalina. Pero antes es necesario retomar brevemente el carácter "nacional" de las estructuras económicas planteadas por la CEPAL.

No hay nada en la construcción matematizada, pura, del mercado que permita delimitar el espacio regido por las curvas de oferta y demanda precisamente como un ámbito "nacional"; más aún, desde un punto de vista riguroso, la construcción neoclásica supone que sólo existe un mercado global: aquel constituido por la suma de las curvas resultantes de las elecciones individuales. El carácter específico de un mercado particular no podría estar dado, desde luego, porque en él acontecieran conductas económicas diversas a las que podrían observarse en otros espacios: en cualquier lugar los individuos actuarán buscando el mayor beneficio y el menor costo y este axioma no puede sustentar una teoría de la diversidad

de los mercados. Las diferencias sólo pueden encontrarse en las regulaciones, en los patrones de medida de las utilidades y los costos; pero ya que se trata en cualquier caso de espacios cartesianos, siempre es posible suponer que todos los parámetros específicos de funcionamiento mercantil son susceptibles de reducción, de conmesurabilidad. Esto no significa, desde luego, que la teoría neoclásica no haya desarrollado elaboraciones abigarradas acerca del comercio internacional, únicamente quiere decir que las mismas, cuando aparecen, no se ubican al nivel del núcleo categorial básico de la teoría y que por ello son siempre e intrínsecamente problemáticas. Por señalar sólo un aspecto de esta cuestión, es claro que la universalidad del comportamiento que busca el máximo beneficio, la medición de las utilidades subjetivas, requiere de que en un primer momento las mismas no sean medidas en términos de tal o cual moneda particular, sino de un parámetro general, numérico pero no específico de un sistema monetario: para que todos los individuos puedan concebirse en términos de conducta económica es necesario que a sus preferencias sean asignados números, órdenes, independientemente de cualquier sistema especial que *después* pueda asignárseles en correspondencia. Únicamente porque se asume que las elecciones de los individuos responden a un orden matematizable es posible en un segundo momento concebir esas elecciones en términos de un sistema monetario. En otros términos, para construir un mercado en el que puedan tener cabida todos los individuos es necesario que en el mismo no intervenga ningún dinero real sino sólo la condición general previa de cualquier dinero: la conmesurabilidad de todas las preferencias posibles. De ahí que insistamos, desde el paradigma neoclásico toda teoría de la moneda resulta problemática porque siempre se encontrará en un nivel más bajo que el de los postulados centrales de la teoría.

Cuando los teóricos de la CEPAL reivindican como su aportación el planteamiento de estructuras económicas formales y nacionales, sin duda late en el fondo de sus asertos un reconocimiento, una cierta inquietud frente a esta imposibilidad o persistente inadecuación de las formulaciones neoclásicas para pensar la existencia e interacciones entre varios mercados. Hay un atisbo, una incomodidad. Sin embargo, la forma de resolver el problema no pasa por una crítica del núcleo central de la teoría, en el mismo sentido en que antes hemos visto cómo la dinamización que se propone del modelo mercantil no cuestiona en ningún mo-

mento la eliminación inicial del tiempo llevada a cabo por la teoría pura del mercado. En estas circunstancias, lo "nacional" de las estructuras no podrá encontrarse en ninguna característica de los individuos que intercambian y actúan económicamente, justo porque se ha partido del hecho de que todos los individuos, independientemente de cualquier espacio, responden a las pautas de conducta establecidas por la regla del máximo beneficio y el mínimo costo.

Si lo nacional no puede asociarse a los sujetos del primer nivel económico, entonces sólo se le puede hacer corresponder con los componentes de la estructura de segundo nivel. Y los teóricos del desarrollo latinoamericano optan por una asimilación incuestionada de lo nacional y lo estatal, puesto que en general han asumido que el Estado es el sujeto privilegiado de conocimiento y acción económica que actúa en el ámbito de la estructura de segundo nivel. Más aún, lo nacional acaba siendo el espacio descrito y cubierto por las variables usuales de la política económica: el producto, el ingreso, el ahorro, etc. ¿En qué sentido si no podría pensarse que una política que se propone elevar aranceles puede ser calificada de "nacionalista"? ¿no hace falta mucha educación economista para considerar en algún sentido "nacional" la elevación del producto bruto o del ingreso?

Pero sería excesivo criticar demasiado en este punto a los teóricos de la CEPAL, ya que en última instancia la confusión que efectúan entre Estado y nación constituye aún en nuestros días un lugar común, una especie de rutina de pensamiento. Sin duda el desarrollo azaroso de la formación de las sociedades civiles en nuestro subcontinente tiene mucho que ver con la mencionada identificación entre dos términos con extensiones e intenciones diferentes. Pero sí cabe subrayar que en este, como en muchos casos, la teoría elaborada por la CEPAL es prácticamente inconsciente respecto a sus presupuestos. Y no es una consecuencia menor de ello, si como producto de la falta de crítica se hicieron pasar objetivos estatales o de ciertos componentes de los Estados o el personal de gobierno, como si fuesen metas de las naciones como tales.

Volvamos a nuestro planteamiento de partida: ¿qué es lo que aporta la seducción ejercida por la teoría del desarrollo de la CEPAL? Algunas resonancias se nos aparecen ahora como evidentes. En primer término, sin duda, la complejidad de la teoría, su forma-

lidad en los sentidos en que hemos analizado las afirmaciones de Furtado: su seriedad significada por la utilización de un aparato matemático-estadístico acorde con ciertos parámetros usuales de cientificidad; su formalidad también en el sentido aristotélico de formación de lo informe: su capacidad para estructurar lo aparentemente desordenado, descubriendo incluso palancas antes insospechadas para el modelamiento voluntario de la "realidad".

Siempre late en el fondo un ánimo demiúrgico, y siempre late también una resonancia escatológica que nos presenta la posibilidad de hacer frente al tiempo, de domesticarlo, de acelerarlo. Un demiurgo y no un creador, porque la complejidad de la teoría nos indica que hay resguardos, que la osadía de la pretensión del desarrollo está salvaguardada ya siempre por la existencia previa y tranquilizadora de lo económico básico, del mercado incuestionado, como un colchón en caso de caída. Porque la dinamización de los modelos económicos asume precisamente como su punto de partida esos modelos: los hace suyos, no los cuestiona, pretende desarrollarlos. Seducción entonces segura, seducción que por tanto está al alcance de todos. Si se planteara la cuestión de ¿y para quién pudieron haber sido seductores los discursos cepalinos?, la respuesta no podría ser otra que: para todos. Pues en la densidad resonante de un modelo que se presenta dinámico pero cuya dinamización implica la desvalorización del conocimiento de los individuos (la eliminación de los conocimientos de oportunidad accesibles sólo a los entes singulares en circunstancias irrepetibles y específicas según mostraba Hayek), y que al mismo tiempo, al ubicarse en la tradición de la economía mercantil reivindica por ello a los individuos como en última instancia soberanos, en la confusión de todos estos elementos, ecos y resonancias, habría espejos suficientes para el reconocimiento de todas las posturas, de todas las vertientes ideológicas.

Sin duda toda seducción supone complejidad porque lo complejo viene acompañado de armónicos de misterio. Y sin duda también, la teoría cepalina del desarrollo es compleja, misteriosa y seductora. Pero no basta con la complejidad para seducir porque el misterio también puede producir miedo y rechazo. La teoría de la CEPAL pudo ser seductora porque hizo resonar en bajo continuo cuerdas muy profundas de la cultura occidental: ideales de realización de las capacidades individuales, paraísos cobijados bajo la polisemia de la palabra misma "desarrollo" — polisemia no elimi-

nada jamás a pesar de que la primera voz de la escritura se afanara en definir el desarrollo como el incremento en los montos del ingreso nacional.

Pero hay que destacar que entre esos sonidos profundos, esos ideales añejos convocados entre las líneas de la teoría matematizada, latían ecos más específicos, más eficaces y más duraderos: más audibles. Un elemento utópico resaltaba, y no un elemento utópico deslavado, general, un simple ánimo de mejoramiento humano cualquiera fuese su contenido: la construcción de la CEPAL fue, de cabo a rabo, una utopía del conocimiento.

La industrialización latinoamericana, la formación del sistema internacional articulado a través de centro y periferia, eran cuestiones insertas, según Prebisch, en una dinámica histórica más general caracterizada como "la propagación universal de la técnica". El progreso era precisamente ese mecanismo por el que el conocimiento tiende a difundirse inexorablemente por los rincones del globo. Puede hacerlo de manera fluida, rápida y homogénea, o bien, como en la relación centro-periferia, a través de obstáculos y saltos sin cuento. En cualquier caso, la industrialización latinoamericana tenía un contenido mucho más rico que la simple elevación de unos indicadores económicos: encontraba su racionalidad en una corriente motriz de la historia toda. Entre los ecos se destaca, pues, no sólo un ánimo demiúrgico general y abstracto sino también un deseo histórico y en última instancia civilizatorio. Embarcarse en la gran tarea humana de la propagación del conocimiento era el objetivo de Prebisch subrayado aún en sus últimos escritos cuando identificaba la creación de nuevas fórmulas de acumulación con: "nuevas formas de compartimiento del fruto del progreso técnico".¹¹

La prueba de la viabilidad de la utopía era la propia, original y por primera vez científicamente latinoamericana, teoría de la CEPAL.

El fracaso del modelo de sustitución de importaciones y el autoritarismo o la proclividad al mismo de los representantes de la CEPAL pueden explicarse por razones internas a la teoría, a sus insuficiencias y ambigüedades, algunas de las cuales han sido aquí examinadas, y por su carácter acético respecto a sus presupuestos fundamentales. Otras causas podrán encontrarse en acontecimientos y situaciones históricas vividas por Latinoamérica. Pero el econo-

¹¹ Prebisch, Raúl. "Centro y periferia. . .", *op. cit.*, p. 29.

micismo del discurso político que tuvo su origen en el quehacer de la CEPAL, sólo puede entenderse si se pone oído a las resonancias de la escritura, a los ecos que laten no en su fondo sino en su superficie, a su seducción. Sin duda para los gobiernos y sus burocracias, la fundamentación del carácter privilegiado de su conocimiento y del autoritarismo implícito en la prosecución deliberada de metas cuantitativas de política económica resultaron aportaciones preciosas. Pero la utopía del conocimiento que fue puesta en juego por Prebisch, independientemente del peso que él mismo pudiera haberle otorgado en un momento u otro del desarrollo de su obra, acabó teniendo consecuencias insospechadas gracias a la lectura que las posteriores escuelas de pensamiento hicieron de la misma. Con el dependentismo, la reflexión sobre el conocimiento y sus potencialidades transformadoras de la realidad, se localiza claramente en tonalidad económica y a partir de ahí, muchos de los grandes temas de nuestra cultura comienzan a tratarse, inexorablemente, en la misma clave.

¿Cómo pudo llegar a ser seductor un discurso que puso en el centro de sus elaboraciones un término como “dependencia”? Que los hombres se sientan llamados por las resonancias del “desarrollo” no parece descabellado: los armónicos de “progreso”, “bienestar”, “evolución”, “cambio” y otros muchos asociados, pueden dar cuenta al menos en principio de los entusiasmos suscitados por los planteamientos de la CEPAL. Pero qué elementos es necesario concebir para dar razón de grupos humanos fascinados por una palabra que convoca ecos como “subordinación”, “heteronomía”, “debilidad”, etc. Sin duda pasados ya los entusiasmos del momento, el examen de la teoría de la dependencia, sus construcciones y sus efectos, tiene que partir de esa primera extrañeza.

Y tiene que hacerlo tomándola en serio y desmenuzándola, absteniéndose de echar mano demasiado pronto de los expedientes fáciles largamente elaborados. Pues la vía corta cuenta con amplia documentación: un endémico y consustancial sentimiento de inferioridad a lo Samuel Ramos, por ejemplo, daría razón sin mayores problemas de la tendencia de los latinoamericanos a sentirse interpelados por un discurso que de entrada los califica y coloca como subordinados. O tantas otras versiones de la “subalternidad”, “inautenticidad”, “masoquismo”, “machismo” o lo que

sea, que describirían y a veces caracterizarían como sustancial nuestra postración histórica y siempre actual. El problema radica aquí en que ninguno de esos discursos de la inferioridad o de la subalternidad podrían dar cuenta de la seducción de la Teoría de la Dependencia sin establecer una relación circular con ella. Pues precisamente la dependencia pudo haber sido esgrimida por los autores que ahora examinaremos, como una explicación del sentimiento de inferioridad, el machismo, el masoquismo, o cualquier otro recurso del mismo tipo que pretendiera dar razones del ser latinoamericano. Los discursos de la inferioridad no pueden explicar la seducción de la teoría de la dependencia, precisamente porque sus productos forman parte de la misma: porque las reflexiones ofrecidas por los economistas de los sesenta pudieron ser en mayor o menor medida evidentes, aceptables, únicamente en un contexto en el que la subalternidad era ya un tema corriente, un asunto del que podrían encontrarse siempre pruebas a la mano. ¿Cómo si no pensar el hecho paradójico de que fuera precisamente la intelectualidad progresista la que hiciera suya la bandera de la “dependencia”? ¿en qué contexto se pudo ser progresista hablando de dependencia?

Como todos los pertenecientes al campo conceptual de la inferioridad, el que nos ocupa fue claramente un discurso de matriz hegeliana: su promesa era la identidad entre conocimiento y libertad: el saber se permitiría abandonar por fin el falso ser, inferior, dependiente. Se podía aguantar a pie firme, e incluso entusiasmarse ante la calificación de dependiente, sólo porque a este primer esclarecimiento seguiría el horizonte de la liberación. Y como *El perfil del hombre y la cultura en México* (junto con sus versiones actuales y pretéritas) se trató siempre de un discurso moral, con todas las exigencias del género, es decir, no sólo implicaba conocimiento, sino re-conocimiento. No sólo comprensión sino, sobre todo, asunción.

Lo notable de la ejecución dependentista del tema de la inferioridad, es que la misma se dio en clave económica, en el marco y como reacción a la matriz conceptual elaborada por el discurso de la CEPAL. La teoría de la dependencia surge para hacer frente, en la decepción, al fracaso de las promesas desarrollistas. Escribe Theotonio Dos Santos en 1968:

Esta crisis del modelo de desarrollo (y del proyecto de desarrollo en él implícito) dominante en las ciencias sociales de nuestros países puso en crisis esta misma

ciencia. Puso en crisis la propia noción de desarrollo y subdesarrollo y el papel explicativo de dichos conceptos. De tal crisis nace el concepto de dependencia como posible factor explicativo de esta situación paradójica. Se trata de explicar por qué nosotros no nos hemos desarrollado de la misma manera que los países hoy desarrollados. Nuestro desarrollo está condicionado por ciertas relaciones internacionales que son definibles como relaciones de dependencia. Esta situación somete nuestro desarrollo a ciertas leyes específicas que lo califican como un desarrollo dependiente.¹²

El fracaso cepalino, pues, llevó a poner en crisis la noción misma de desarrollo y, sin embargo, en un giro retórico altamente complicado, la noción de dependencia ha de dar cuenta del hecho de que no nos hemos desarrollado. Se pone en juego así el mecanismo básico para la construcción conceptual dependentista: la inversión. Ya no se trata de explicar el desarrollo sino el no-desarrollo, en lugar del progreso el no-progreso, en lugar de la libertad la no-libertad. Pero en todo caso el punto de referencia seguiría siendo el mismo: el desarrollo, el progreso en la matriz desarrollista.

Esta inversión simple es percibida, causa inquietud y la misma se manifiesta en el deseo de encontrarle un lugar a la teoría que se inaugura, en un rincón en el que no pueda ser objeto de la acusación de estar simplemente poniendo al revés los problemas: se le adjudica un estatus especial, se le califica como una ciencia social de otro tipo, nuevo. ¿De qué tipo en concreto? No se sabe bien a bien, pero lo cierto es que, se dijo, es la clase de ciencia que corresponde a lo latinoamericano. No hay en principio una atribución abiertamente ontológica de la dependencia hacia lo latinoamericano (no se postula que un ser específico —dependiente— otorga sus títulos de legitimidad a la nueva teoría) pero tampoco se puede afirmar sin más que la dependencia sea una condición provisional y modificable en el mismo sentido en que el subdesarrollo sería una situación pasajera, estructura de segundo nivel, para la CEPAL. Porque si la dependencia fuera eliminable, por ejemplo, a través de medidas de política económica, entonces no habría que hacer la nueva teoría, ni sería cierto que hubiese un tema fuerte y real en la problemática del no-desarrollo que es el objeto de la teoría de la dependencia. La posición subordinada

¹² Dos Santos, Theotonio. "La crisis de la Teoría del Desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina", en Varios Autores, *La dependencia político-económica de América Latina*, México, Siglo XXI editores, 1987, p. 173.

de los países latinoamericanos ha de constituirse en una estructura fuerte. Y tanto que su aprehensión requeriría de una nueva ciencia, no desarrollada por nadie hasta ahora, y su transformación un verdadero cambio del mundo. En el juego dependentista de las inversiones, no es el ser latinoamericano el que legitima la necesidad de una nueva teoría —como en el caso de Prebisch sí sería el ser del capitalismo mundial y de nuestros países, aunque no del mercado puro, el que daría los fundamentos de su discurso— sino el no-ser de los pueblos de este subcontinente. El dependentismo es la teoría de lo que nos han hecho ser sin serlo realmente; su objeto, la dependencia, indica a una estructura etérea, inaprensible, que permite decir que somos esto pero a la vez y en profundidad no lo somos. El desarrollismo, las teorías al uso que se quiera, podrán dar cuenta de nuestra apariencia, pero no de nuestro ser.

Que esto es así, que la dependencia es una categoría *sui generis* cuya función es ser indicador de la inversión entre ser y no-ser, queda establecido por la definición laxa, amplia, casi ambiental, que de la misma ofrece Dos Santos:

En primer lugar debemos caracterizar la dependencia como una situación condicionante.

La dependencia es una situación en que un cierto grupo de países tiene su economía condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía. La relación de interdependencia entre dos o más economías y entre éstas y el comercio mundial, asume la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes), pueden expandirse y autoimpulsarse, en tanto que otros (los dependientes) sólo lo pueden hacer como reflejo de esa expansión, que puede actuar positiva o negativamente sobre su desarrollo inmediato. De cualquier forma, la situación básica de dependencia conduce a una situación global de los países dependientes que los sitúa en retraso y bajo la explotación de los países dominantes.¹³

Situación condicionante, básica y global, omniabarcante como la atmósfera. La globalidad es atributo esencial de la dependencia. No se trata de que en cualquier rama la balanza comercial sea deficitaria (bien podría ser superavitaria) sino de que globalmente un país explota al otro. ¿Cómo evaluar esta globalidad? Las tasas de crecimiento del producto latinoamericano fueron com-

¹³ *Ibid.*, p. 180. Esta definición de Dos Santos es analizada y ubicada por Gabriel Palma en el contexto de las diferentes corrientes del dependentismo, en el artículo que hemos citado en la nota núm. 2.

parables e incluso superiores durante mucho tiempo a la de los países desarrollados. ¿Sería ese un indicador de dependencia? Podría refutarse que lo importante en ese punto no es la tasa de crecimiento sino el monto absoluto del producto. Y bien, si así fuera, ¿no se estaría tomando la misma categoría de subdesarrollo que se dijo había terminado en una crisis insalvable?

En cualquier caso, como lo han mostrado Jorge G. Castañeda y Enrique Hett en *El economismo dependientista*, hay un salto entre la constatación de que hay déficit comercial o financiero, a la calificación de tal circunstancia como dependiente o de dependencia. En un régimen capitalista tener deudas no implica ser siervo o esclavo, al contrario, sólo los individuos libres —sujetos de derecho— pueden asumir y hacer frente a las deudas. La dependencia, si algún sentido tiene el término, no se refiere sin más a la situación económica, a los balances de las cuentas, sino que denota todo lo demás, todo lo que está más allá de esos déficit comerciales, financieros o tecnológicos. Por eso la dependencia es global, básica y condicionante, porque está en todos lados, porque no es un concepto explicativo sino una calificación que se atribuye a ciertas configuraciones de cosas; es una marca, no consiste en ninguna situación en particular que pueda describirse o explicarse conceptualmente; es una evaluación, una etiqueta que se pone a una circunstancia; indica que lo que se ve no es una transacción de mercancías o capitales, no es una comparación de cuentas nacionales, es algo más, es una situación negativa, indignante (pero entre tanto se acepta que el desenvolvimiento de las economías nacionales es commensurable a partir de los mismos indicadores; éstos ya no se critican, solamente algunos de sus resultados).

La dependencia es una interjección, una queja que se agrega a un enunciado; son signos, no de admiración sino de indignación que se ponen antes y al final de las teorías desarrollistas. O, también, la dependencia es un signo lógico de negación que se antepone a las proposiciones de la teoría de la CEPAL.

¿Puede un país explotar a otro?, ¿en qué sentido puede decirse que un país hace cualquier cosa? La obviedad del lenguaje diplomático hace pasar con naturalidad enunciados en los que los Estados se enojan, votan, se insultan, se reconcilian o firman convenios. Pero la noción-interjección de dependencia apoya buena parte de su poder seductor en esta transferencia simple de las cualidades de los individuos a los países. Metáfora eficaz, heredada

de los sujetos privilegiados en la estructura de segundo nivel de matriz cepalina, que no se elimina a pesar de los intentos dependientistas por precisar la configuración de fuerzas y articulaciones que componen las sociedades contemporáneas en Latinoamérica. ¿Quién es el sujeto de la dependencia? Cuando se hizo insostenible otorgar ese papel a los Estados se le atribuyó a los pueblos, pero ¿es el pueblo un sujeto, así, sin más?, ¿un sujeto que puede explotar o liberarse como lo harían esos sujetos que somos cada uno de nosotros? El dependientismo ciertamente nunca elaboró claramente sus categorías de sujeto. Hay que subrayar que no podía hacerlo entre otras razones porque la categoría central de dependencia en su globalidad, en su indeterminación, en su carácter de interjección o de signo de inversión, no permitía más que una posición de sujeto igualmente ambigua y global: no exigía este sujeto o el otro, sino cualquiera, o mejor, cualquiera que pudiera ser descrito como actor en una relación moral en la que los calificativos de bueno, malo, indignante, justo o injusto, pudieran tener sentido.

El dependientismo es una teoría moral no obstante su vocabulario generalmente economicista; su apropiación de nociones marxistas cumplió la función de permitir que la tonalidad moral permeara todas sus elaboraciones. La reducción de la categoría de explotación a la de despojo o expropiación, poco tiene que ver con los conceptos desarrollados en *El Capital*. El carácter abstracto de los conflictos y procesos capitalistas, según Marx, se pierde en favor de significados más triviales y, diría Althusser, no teóricos. Los conceptos fueron trasladados como palabras, ciertamente las obras de Marx lo permitían porque en ellas también había ecos de indignación, pero fueron reducidas a eso: al gesto que implicaban, al ánimo revolucionario con que fueron asentadas alguna vez. La dependencia es una relación que Marx calificaría de feudal y que difícilmente aceptaría como formando parte del entramado básico, fundamental, de naciones capitalistas como las nuestras —y cuyo carácter capitalista fue aceptado y proclamado por los propios dependientistas.

¿Qué soluciones podía ofrecer este discurso moral-económico frente a esta dependencia condicionante, presente como la atmósfera, ambiental? Cambiar el mundo, salir de los marcos del capitalismo para entrar en el socialismo cuya prueba de factibilidad fue encontrada en la revolución cubana. Terminar con las inversiones por la vía de una nueva inversión: trocar nuestro

no-ser por nuestro verdadero ser. Pero esta oferta se fue haciendo cada vez más inaceptable, cada vez menos seductora, porque la relación negativa con el discurso desarrollista suponía al fin compartir los mismos ideales: el desarrollo, el progreso; ideales de este mundo, emergidos de este no-ser-siendo dependientes. No es fácil convencer a alguien de que construya otro mundo para que realice por fin lo que quiere de éste. Y además no se planteaba nada accesible al hacer, nada viable: si lo que hay que cambiar es todo, no hay plan o programa posible. La globalidad de la dependencia era su gran limitante como proyecto de acción.

La caracterización del neoliberalismo se ha vuelto cada vez más difícil debido al uso extendido del término en la arena del debate político, su confusión corriente con posturas conservadoras pero no asociadas a una política económica específica, su capacidad mimética con todo discurso que ponga en su centro al individuo, o bien la reducción de la categoría a las recetas fondomonetaristas para el ajuste de las economías (control salarial, privatización, presupuestos balanceados, disciplina fiscal y monetaria, desregulación y libre comercio), hacen que a cada momento sea menos sencillo determinar de qué se habla cuando se menciona al “neoliberalismo”. Sin duda esta facultad para recoger niveles disímolos y a veces contrapuestos de significación colabora eficazmente para la poderosa seducción que el pensamiento neoliberal ha ejercido en tiempos recientes en Latinoamérica. Y este crisol de ecos, significaciones y resonancias, constituye a no dudarlo un indicador de que la ofensiva neoliberal forma parte de transformaciones de largo alcance en las vertientes de nuestra cultura.

Sin embargo, la capacidad para convocar armónicos muy diversos está ya presente en las versiones más propiamente económicas del neoliberalismo. Respecto a ellas se puede generalizar lo que David G. Tuerck dijo en relación a la Economía de la Oferta o “regonomics”: “la idea de la economía por el control de la oferta es, en parte un *slogan*, y en parte economía”.¹⁴

Cabe preguntarse ante esta conjunción de propaganda y teoría, publicidad y concepto, si la relación entre ambos aspectos es exter-

¹⁴ Tuerck, David G. “Expectativas Racionales y Economía por el control de la oferta: ¿pareja dispareja?”, en Varios Autores, *Economía de la oferta*, México, Edamex, 1984, p. 83.

na y accidental o bien si existen razones intrínsecas a la construcción teórica que determinen que la misma se ejerza no sólo como texto académico sino también, indefectiblemente, como libelo propagandístico. ¿Hay algo en las redes teóricas que de suyo predetermine o indique las formas de enunciación en que el discurso ha de ejercerse? Nuestra respuesta es afirmativa como trataremos de mostrar.

Tanto en la forma más usual de su existencia como propaganda —el discurso gubernamental— como en su presentación a la manera de la economía académica, el neoliberalismo exhibe pretensiones de transformación global, de reforma de cada rincón del entramado social. En su informe de 1991 sobre la privatización de industrias paraestatales, la Secretaría de Hacienda de México afirmó sin ambages: “La presente administración, desde su inicio, ha orientado sus esfuerzos a la modernización de la vida nacional en todos sus ámbitos”.¹⁵

Enunciado este que se aviene a la perfección con lo dicho por Manuel Tanoira —antiguo responsable de la política de reprivatización en Argentina con Raúl Alfonsín—, en el contexto de un seminario académico: “. . . hay que cambiar el todo, no sólo las partes, para modificar efectivamente las actitudes en que se sustentan las sociedades mercantilistas”.¹⁶

Esta pretensión exhaustiva, este ánimo demiúrgico desaforado, sólo puede basarse, tanto en la vertiente de eslogan como en la de teoría, en la convicción de que la propuesta neoliberal toca las células más básicas y fundamentales de la sociedad. Claramente, en ambas claves, la focalización del individuo como sujeto-agente del discurso, constituye un elemento primario de este convencimiento de haber llegado a los resortes últimos, a las palancas originales que provocarán el cambio global. Hay aquí una transformación evidente en relación a la propuesta desarrollista: el sujeto del cambio, la posibilidad misma de las mutaciones, no se ubica ya en un orden de segundo nivel donde habría sujetos privilegiados, ejes ineludibles de las transformaciones. El cambio se coloca en el primer nivel de lo económico, en el espacio en que interactúan infinidad de partículas buscando, cada una, su máximo beneficio y su mínimo costo. Ahora bien, ¿cómo puede hablarse de un cam-

¹⁵ Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP). *El proceso de enajenación de entidades paraestatales*, México, SHCP, 1990, p. II.

¹⁶ Tanoira, Manuel. “La privatización como política”, en Hanke, Steve H. (compilador), *Privatización y desarrollo*, México, Trillas, 1989, p. 68.

bio global cuando el orden en el mercado es sólo una resultante, un efecto que no depende de la voluntad de nadie? En este punto el neoliberalismo no se retractará en ningún momento: coloca al individuo económico como soberano, o mejor, su gran oferta es esa soberanía. En tales circunstancias el cambio global que se propugna es de un tipo diferente al postulado por la CEPAL o el dependentismo: es negativo, es una vuelta al espacio mercantil no estructurado. Pero sigue siendo una propuesta de cambio total, y al asumirse así, hace tuyas las resonancias que en ese sentido demiúrgico general animaron a las formulaciones de Prebisch y los dependentistas. El neoliberalismo afirma: el verdadero cambio global que se había buscado es éste, pero en el deslizamiento, la idea misma de rupturas globales queda sustituida por infinidad de pequeños ajustes a nivel individual que, en conjunto, siempre darán como resultado lo mismo: el mercado, ese espacio sin tiempo, siempre idéntico a sí como efecto de las elecciones individuales, que fue descrito por los modelos de la economía neoclásica.

Las elaboraciones que en las dos vías, eslogan y teoría, se realizan alrededor de la célula-individuo, aunque en última instancia se apoyan unas en otras, se construyen de maneras específicas.

No es el objeto de este ensayo explorar las figuras retóricas, las configuraciones iconográficas y simbólicas, los canales de difusión de la estrategia publicitario-propagandística neoliberal. Digamos solamente que toda esta vertiente de la cuestión se articula en la efectividad de fórmulas como la extremadamente poderosa y seductora construida por Friedman: *Freedom to choice* (Libertad de elegir).

El empleo característico del enunciado corto, del aforismo o de la consigna (compleja fusión de la fraseología de izquierda y del género del informe ejecutivo), se teje siempre en torno a este tema de la elección libre. Incluso en sus presentaciones latinoamericanas.

Los candidatos por la privatización —afirma Tanoira— deben preguntarles a los electores “¿por qué necesitan que un intermediario (el gobierno) maneje sus acciones?”; además, deben dar la respuesta: “creemos que sus acciones son sus acciones. Creemos que nadie puede servir sus intereses tan efectivamente como ustedes.”¹⁷

¹⁷ *Ibid.*, p. 67.

La imagen de los jóvenes neoliberales en todo el continente, su estilo, su agresividad, tiene que ver con el manejo eficaz de la frase corta y de efecto. Pero no sólo la forma del hablar aporta a la seducción de la publicidad neoliberal, también la complejidad de su contenido —y ya hemos comentado que la complejidad es componente ineludible de lo que seduce. Pues la simple frase de Friedman, por ejemplo, encierra una complicación interesante: se trata de un enunciado que pretende no ser moral, sino en todo caso ético, no juzga el contenido de las elecciones, no evalúa lo bueno y lo malo de las acciones, simplemente postula que las mismas se ejerzan sin coacción. Y no cabe duda de que un discurso así ha de ser atractivo en un mundo hartado ya de moralistas y predicadores, de poderes arbitrarios, ya sean individuales, institucionales, burocráticos o estatales. Frente a la teoría dependentista, por ejemplo, que era un texto moral y moralista (aunque, como vimos, en clave económica), que como tal exigía patrones de conducta determinados, rituales y sanciones, compromisos fuertes (y enormes, porque de lo que se trataba era de cambiar el mundo), la publicidad neoliberal se presenta a sí misma como a-moralista, como permisiva.

La experiencia latinoamericana de diez años de ajuste económico, diez años de disciplinamiento social por la vía de lo que Michel Aglietta llamó “la violencia de la moneda”, desmentiría rotundamente las veleidades permisivas de que hace gala el discurso neoliberal. Sin embargo, este tipo de crítica por la vía del contraejemplo fáctico se vuelve estéril en la medida en que no reconoce que el neoliberalismo está tocando problemas éticos fundamentales que requerirían de elaboraciones teóricas de la profundidad correspondiente para que la crítica se volviera productiva. Acaso la teoría dependentista acertó sin quererlo al identificar a lo moral como una cuestión básica y en juego en nuestro tiempo latinoamericano, pero las limitaciones que le impuso su configuración en las reglas del discurrir económico le impidió asumir su práctica —el hablar sobre la moral— como su objeto propio de estudio. Dejemos por el momento el examen del neoliberalismo en su vertiente publicitario-propagandística, subrayando esta necesidad urgente para nuestros países: el desarrollo de la reflexión en torno a la ética en su sentido propio, no a través del préstamo de categorías de otras disciplinas, por ejemplo de la economía.

Volvamos pues al aspecto teórico-económico del neoliberalismo. En algún lugar afirmaba James Buchanan que las teorías que

se proponen pensar la sociedad y sus transformaciones, pueden en general optar por dos vías: centrarse en las reglas, normas e instituciones o bien enfocarse a los hombres y sus dotaciones psíquicas. En el primer caso, el problema del cambio social atiende a las regulaciones desde la perspectiva de que la sociedad debería funcionar independientemente de si los individuos que la componen son buenos o malos de acuerdo a cualquier tabla de valores. En el segundo caso, la transformación social se propone no como una mutación de las reglas o contextos institucionales, sino como un propósito y acción de mejoramiento de las dotaciones individuales: como pedagogía y moralización. De acuerdo a lo que hemos visto, el eslogan, la publicidad neoliberal, opta por la vía de las reglas planteada por Buchanan y no por el cambio de la moralización. Si las claves de eslogan y de teoría fuesen consistentes entre sí las posiciones de sujeto construidas por la teoría económica neoliberal deberían permitir a los agentes que las ocuparan elecciones abiertas, sin coacción, sin predeterminación. ¿Se cumple efectivamente esta condición?

Llegar al análisis de las posiciones de sujeto que proponen las teorías económicas neoliberales requiere detenerse previamente en otros aspectos y propósitos de las mismas. En primer lugar en uno de sus afanes básicos: *la despolitización de lo económico*.

De la mano de los estudios sobre la crisis fiscal del Estado, la economía neoliberal considera que la crisis del Estado de Bienestar está asociada a la introducción de distorsiones en un ámbito —la economía— que podría funcionar si se dejase actuar a sus mecanismos propios de autorregulación. Hay en esta postura, o detrás de ella, a pesar de la forma común que adquiere como declaración de fe hacia el mercado, elaboraciones teóricas importantes que sería por lo menos ingenuo dejar de lado en favor de una crítica global y fácil. Una importante entre ellas, nos parece, es la que pone a discusión los efectos de las formas de propiedad en la cuestión de las externalidades de la producción, de los bienes públicos y de las decisiones colectivas. Por ejemplo, estudiando el problema del “viajero gratis” (el que disfruta de una prestación o servicio sin pagar porque todos los demás pagan), relacionado con el financiamiento de los bienes públicos, Richard E. Wagner afirma que:

Hasta el punto en que es difícil, si no imposible, excluir a los que no pagan por algún bien o servicio por usarlo de cualquier modo, la estructura de la producción en una economía organizada por contrato e intercambio puede no conducir al empleo de los recursos en sus usos más valiosos.¹⁸

Y aunque hay en esto la mencionada fe mercantil, de la misma Wagner deriva propuestas interesantes respecto a la teoría fiscal —el financiamiento gubernamental no por cobro directo y a todos de cada servicio, sino por utilización de las ganancias en algunas de sus empresas, de acuerdo a la voluntad de los propios consumidores, para otros fines en los que la propiedad completa individual no puede ser claramente establecida—; propuestas que merecen reflexión y que por otro lado no parecen tener contralaboraciones suficientes por parte de otros enfoques económicos.

En todo caso, aparte del llamado a no descalificar globalmente los productos de la reflexión económica neoliberal —por ejemplo, tomar en serio el tema que Wagner y otros nos proponen acerca de los efectos económicos de las formas de propiedad—, el texto del autor que acabamos de citar debe servirnos para examinar la forma que asume en la teoría el propósito enunciado de despolitizar lo económico: *economizar a la sociedad*. El mismo Wagner postula abiertamente que el cálculo económico permite a la sociedad canalizar los recursos a sus empleos más valiosos y enfatiza que la evaluación de las instituciones ha de darse a partir de su eficacia para facilitar dicho cálculo.

Ahora bien, este cálculo que deben promover las instituciones no es ya, desde luego, la medición de agregados económicos —las estructuras— que era objeto de la teoría keynesiana y desarrollista. El cálculo se refiere a las estimaciones que realicen la infinidad de individuos que componen la sociedad, o mejor, la infinidad de sujetos-individuales (pueden ser no sólo hombres sino empresas) en relación a los precios que enfrentan. La política económica no se propone actuar ya sobre el ingreso global sino sobre los precios relativos. Si la de Keynes y la CEPAL era una teoría de las estructuras económicas por encima, o en segundo nivel, de los elementos básicos del mercado, ahora de lo que se trata es de volver al nivel

¹⁸ Wagner, Richard E. “El sistema de empresa, la democracia y el bienestar general: acercamiento a la reconciliación”, en Varios Autores, *Economía de la oferta*, México, Edamex, 1984, pp. 130-131.

básico para desde ahí, y únicamente con los elementos que lo componen, dar cuenta de los fenómenos económicos.

De acuerdo con el análisis hecho arriba en torno a las elaboraciones de Keynes-CEPAL, las estructuras de segundo nivel supongan frente al mercado que servía de piso a las mismas, la emergencia de un sujeto especial, el Estado, que posea las características siguientes: a) conocimiento privilegiado; b) capacidad de influencia en todo el sistema (a diferencia de los individuos del mercado básico que sólo tendrían influencia local); c) ser el lugar y el agente de la dinamización del modelo: el motor y el conductor del cambio.

¿Se han eliminado estas características del Estado-sujeto de segundo nivel con el retorno al mercado preconizado por el neoliberalismo? Una primera parte de la respuesta tiene que ver con la constatación de que el neoliberalismo surge, en primer término, como una política de ajuste, como un intento de corrección frente a una crisis. Requiere, inevitable, imprescindible, de un ejercicio del poder y el aparato del Estado que emplee sin misericordia todas las capacidades que fue adquiriendo a lo largo de la era keynesiana y desarrollista. Como señala Pedro Pablo Kuczynski (ministro peruano de energéticos de 1980 a 1982) una condición previa para la privatización es "tener claros los canales de mando".¹⁹ Terminar con lo que Keynes consideró incluso como constantes históricas, especialmente la inflexibilidad de los salarios a la baja y el poder de negociación de los sindicatos, sólo pudo lograrse por la vía de un autoritarismo basado justamente en los atributos que la CEPAL identificó para el Estado: conocimiento superior, influencia global y fuerza motriz del cambio.

La segunda parte de la respuesta a la cuestión de si el neoliberalismo ha eliminado los caracteres de sujeto privilegiado que anteriormente fueron atribuidos al Estado, tiene un carácter más teórico y de la misma deberían derivarse a su vez contestaciones plausibles a la pregunta de si el neoliberalismo podrá ser algo más que una teoría de ajuste, podrá devenir en una elaboración más positiva. Resumiendo el estado del debate entre keynesianos, desarrollistas y liberales (monetaristas, ofertistas, teóricos de las

¹⁹ Kuczynski, Pedro Pablo. "La venta de empresas anteriormente parastatales en los países en vías de desarrollo", en Hanke, Steve H. (compilador), *op. cit.*, p. 112.

expectativas racionales, etc.) podría decirse que el Estado perdería sus características de sujeto especial de segundo nivel, dependiendo de la forma en que actúen los individuos, protagonistas del primer nivel. Por ejemplo, ¿puede el estado influir directamente en el monto del producto a través del multiplicador o no? Los keynesianos dirían que sí, que podría hacerlo, por ejemplo, a través de la manipulación de la tasa de interés; los monetaristas dirían que no, que la producción es exógena respecto al sistema monetario. ¿Quién tiene la razón? Depende de lo que los individuos estén dispuestos a hacer con su dinero, depende de si en verdad tienen preferencia por la liquidez o no. *Toda la polémica económica actual tiene que ver con cuestiones de conducta. Pero subrayemos, no de la conducta en general, sino de la medida de la conducta.* Porque tanto Keynes como la CEPAL y Friedman, parten del postulado neoclásico básico de que los individuos actuarán siempre buscando su propio beneficio y eligiendo las mayores ganancias y los menores costos. Este punto de partida, situado en el núcleo mismo del pensamiento económico, jamás puesto a discusión. Partiendo de ese presupuesto inmutable, todos los bandos podrían estar de acuerdo en que si el costo de tener dinero disminuye, los individuos querrán tener más dinero. Si baja la tasa de interés los individuos sacarán su dinero del banco, pero la pregunta crucial aquí es: bien, pero ¿cuánto exactamente sacarán? Si los bancos pagan más la gente llevará a ellos su dinero, pero ¿lo llevarán todo o guardarán una parte en el colchón? Y las respuestas posibles implican esquemas diferentes de política económica: si no lo llevan todo, o si la parte del colchón es muy variable, entonces la velocidad de circulación será también variable y el control de la inflación por la vía monetaria fallará. Peter D. McClelland resume la polémica de keynesianos y monetaristas en términos de medición de la conducta:

Los monetaristas afirman que el deseo de mantener dinero en caja ocioso es insensible a los cambios en la tasa de interés (y a otros factores también); los keynesianos claman que el deseo de mantener dinero en caja ocioso es muy sensitivo a los cambios en la tasa de interés. (. . .) En el núcleo del debate se encuentra una cuestión de hecho concerniente a la forma de responder de ciertos tomadores de decisiones: cuando las tasas de interés caen ¿la demanda por balances de dinero en caja ocioso se incrementa por mucho o por poco?²⁰

²⁰ McClelland, Peter D. "A Layman's Guide to the Keynesian-Monetarist Dispute", en Varios Autores, *Introductory Macroeconomics 1983-1984. Readings on Contemporary Issues*, Estados Unidos, Cornell University Press, 1983, p. 56.

El problema central es pues ¿cuánto actúan los individuos — dado que siempre sabemos las líneas generales de cómo actúan? Revisando los debates de la economía contemporánea, la confrontación entre keynesianos y monetaristas, David G. Tuerck señala “lo que ahora puede ser el problema único más importante en la macroeconomía”:

... El papel de las expectativas del público para determinar la conducta del fenómeno económico nominal y real y la tasa con la que dichas expectativas se ajustan a cambios en la información a mano concierne a la conducta de tales fenómenos”.²¹

Más adelante Tuerck subraya un elemento importante relacionado con la medida de la conducta que es el eje del problema: no sólo hay que saber cuánto se actúa, sino con qué rapidez (se lleva más dinero al banco, pero hay que saber no sólo cuánto, sino en qué lapso). El problema económico actual podría recibir esta nueva enunciación del mismo Tuerck:

Primero, ¿qué determina las expectativas del público sobre los hechos económicos actuales o futuros? Y segundo, ¿con qué rapidez (el individuo) revisa sus expectativas a la luz de nueva información concierne al curso probable de dichos hechos?”²²

Se asume pues, que la medida de la conducta (siempre se actúa buscando el máximo beneficio, pero ¿cuánto se actúa?) depende de las expectativas de los individuos. De acuerdo a la Teoría de las Expectativas Racionales, la conducta de los individuos responderá a las diferencias entre el nivel de precios tal como ellos los perciben y el nivel de precios real. De ahí que la labor gubernamental en cuanto a la política económica será proporcionar parámetros estables para que los individuos puedan creer que sus percepciones corresponden con “la realidad” (por ejemplo, si los precios históricos son estables, el individuo creará que la variación que ahora enfrenta es pasajera y limitada a su mercado local y actuará en consecuencia).

Mientras que la acción de los individuos responda a los postulados de la teoría de las expectativas racionales la acción del gobier-

²¹ Tuerck, David G. “Expectativas Racionales...”, *op. cit.*, p. 102.

²² *Ibid.*, pp. 105-106.

no será muy diversa a la política económica propuesta por Keynes y la CEPAL: ya no se tratará de una administración de la demanda por intervención directa del Estado, sujeto con conocimiento privilegiado, impulsor de objetivos cuantitativamente precisos, en la economía, sino de la administración de las expectativas por medio de la estabilización de los parámetros de la actividad económica (tasas de interés estables, tasas estables de crecimiento de la masa monetaria, etc.). Lo importante no será la prosecución de metas cuantitativas sino mostrar una actitud de firmeza que dé sustento a expectativas seguras. *Ya no se tratará de planeación sino de la creación de un ambiente* propicio para el desenvolvimiento ordenado de las expectativas de los individuos. Insistimos, para el gobierno ya no se tratará tanto de hacer, sino de crear un ambiente. De la política económica se pasará a una política ambiental, publicitaria, en la que las dos vertientes del neoliberalismo, eslogan y teoría, confluirán.

Ahora bien, todo esto sería factible si los individuos no actuaran de acuerdo a los postulados de acción que fueron propuestos por Keynes; porque si los individuos comenzaran a tener, por ejemplo, preferencia por la liquidez, entonces los postulados de la teoría antigua serían verdaderos y con ellos serían verdaderas las atribuciones del Estado como sujeto privilegiado de segundo nivel.

La administración de expectativas es una política en general blanda, pero los límites de su permisividad están dados por el keynesianismo: todo está permitido menos actuar como Keynes dijo que se actuaba. Para evitar patrones de conducta keynesianos el neoliberalismo, recurrió en tiempos de ajuste, a toda la fuerza del Estado que criticaba; pero al mismo tiempo comenzó a poner en acción las herramientas específicas de política que se derivan de su configuración teórica; porque si se trata de administrar expectativas, si el éxito depende de que la Teoría de las Expectativas Racionales tenga razón, entonces el hecho de que el neoliberalismo sea una teoría y un eslogan ya no es accidental ni gratuito, la política ambiental centrada en el manejo de la percepción de los individuos requiere ejercerse como despliegue publicitario, como propaganda, como imagen. Es necesario que los individuos creen que los parámetros son estables, que el gobierno es firme; y ya no es tan importante que lo sea, ni tampoco que sea eficiente, sino que los individuos puedan esperar que lo será.

Volvamos pues a nuestro punto de partida: la teoría y la publicidad. ¿Podrá sobrevivir el neoliberalismo como algo más que una política

de ajuste? Depende de que efectivamente las nociones mismas de gobernabilidad que organizan a nuestras sociedades se modifiquen, se adapten a la tarea escenográfica, en buena medida de espectáculo, que hoy la teoría atribuye al gobierno. Así como a través del discurso dependentista se procesaba otro texto, el hablar moral, *en la teoría económica neoliberal se procesa, con la jerga de la economía, algo más importante y fundamental: la gobernabilidad.* ¿Será gobernar la manipulación de las expectativas de la gente?, ¿es eso lo que cabe esperar de la sociedad organizada bajo el lema Freedom to Choice?, ¿no habría que tomar en serio el reclamo social, la inquietud que hoy justifica la seducción de esa consigna y ofrecer una alternativa que en verdad la satisfaga?, ¿o habrá que aceptar sin más el mensaje y la propuesta de la nueva gobernabilidad: que la riqueza de lo individual, el deseo, lo utópico, lo erótico, lo bello, todo puede reducirse al *homo economicus* a la administración de las expectativas limitadas, cuantitativas de ese ser disminuido en su humanidad?

Las teorías económicas en Latinoamérica han vehiculado los discursos, los ecos y las resonancias más diversas: desde una utopía de la difusión universal del progreso técnico con Prebisch hasta una teoría de la gobernabilidad con el neoliberalismo, pasando por una vocación moral con el dependentismo. La seducción de la teoría ha sido tan fuerte que con la administración de expectativas acaba convirtiéndose en una *teoría de la seducción*. Nuestro pensamiento crítico, epistemológico, reconstructivo, ha corrido siempre a la zaga de tales desarrollos. El encantamiento ha sido tan fuerte que creímos siempre que lo que discutíamos a cada momento era, sin más, economía. Y aun después de avanzar algunos pasos queda sin embargo la sensación de no haber respondido cabalmente a la pregunta. Encontrar las respuestas a la interrogante ha de ser un programa de investigación a fin de que podamos algún día encontrar la respuesta frente al economicismo. ¿Por qué seduce, qué imaginaciones profundas, qué armónicos se han puesto en juego cuando la melodía económica se ha ejecutado en Latinoamérica?

El camino del programa de investigación abierto tiene al menos tres vertientes. *Primera*, reparar en el carácter de las teorías como escrituras, ubicarlas en su ejercerse concreto como textos, como manuales, tratados, programas, consignas, poemas, ¿en qué

formas de enunciación han existido y existen las teorías económicas en América Latina? *Segunda*, reparar en el tema de la seducción misma, en el vínculo entre lo que seduce y la escritura en general, ¿cuál es el juego de resonancias múltiples entre las teorías económicas, con sus sueños y sus utopías, y la literatura latinoamericana, con sus magias maravillosas? Preguntarse cosas como: si en las teorías económicas no se procesa economía, ¿en las literaturas de nuestro subcontinente se estarán procesando nuevas vías para comprender, pensar y vivir lo económico? Y, *tercera*, asumir el reto hoy lanzado por el neoliberalismo, de pensar nuevamente la libertad del individuo: proponer alternativas de ordenamiento social que pongan en el centro el enriquecimiento vital del individuo concreto, ya no del país o del pueblo, ya no del hombre en general, sino de todos y cada uno, con nombre propio, de los que habitamos este continente latinoamericano.